
C A P Í T U L O X V I

Donde se describe la ciudad de Sanisidro, y lo que en ella pasó a uno de los personajes de esta historia

La ciudad de Sanisidro, capital de la provincia del mismo nombre, conserva todavía la apariencia colonial, un sello español muy manifiesto: calles rectas, no muy anchas, empedradas y con aceras de ladrillo; plazas cuadradas, sin árboles ni jardines, siempre listas para ser habilitadas como circos en el juego de toros, cercándolas al efecto con palos rústicos, que vienen a servir de barrera y de sustentáculo a los palcos.

A pesar de ciertos revestimientos y molduras de estilo moderno, predomina en las casas la arquitectura española. Paredes de tierra pisada, que es la clase de muro más usado; techos de teja acanalada, con su color natural de ladrillo, que traen a la imaginación las viviendas hispano-moriscas, a que se unen, para hacer más viva la semejanza, los patios enclaustrados, con sardineles en contorno, hermosos jardines y cristalinas fuentes y las tradicionales persianas, que cierran uno o varios intercolumnios en los corredores, detrás de los cuales se oye el ruido de los platos y cubiertos a las horas de comer, cuando el espacio que encierran se destina para comedor, o bien, suenan la máquina de coser y las tijeras manuales, acompañadas de ese cántico peculiar de la mujer, cuando se ocupa en las labores domésticas.

La costumbre de las celosías en las ventanas, tan cómoda para las familias y tan incómoda para los amantes, se halla todavía en pleno vigor. Rara es la casa que no las tiene, unas de estilo antiguo, hechas de tabla, con calados arabescos o puros agujeros, otras de tejidos de alambre o de cañamazo, y hasta de simple lienzo; y modernamente se han introducido algunas

más durables, consistentes en una lámina de hierro muy fuerte, con calados tan finos que apenas son visibles contra la luz, lo que viene a ser causa de chascos y sorpresas, de dentro para afuera, y de afuera para dentro, según la parte más iluminada.

Excepto los días de mercado y los de alguna solemnidad cívica o religiosa, la ciudad no ofrece mayor animación: sus calles están de continuo solitarias y silenciosas con mayor razón de noche, en que a la soledad y silencio se unen las tinieblas, pues el alumbrado público, reducido a las calles principales, consiste en faroles, por lo regular muy opacos, colocados a cada media cuadra.

Sin embargo, en tiempo de paz, no faltan para alegrar un poco las noches de Sanisidro, la música de los pianos de familia, y la de los bandolines y guitarras, que recorren las calles en manos de mozos del pueblo, que andan de jácara, o que improvisan peligrosas orquestas en los mostradores de las pulperías.

En las inmediaciones de la ciudad había una venta muy popular, que era la posada predilecta de los arrieros que venían del puerto de las Palmas, y donde solían desmontarse y dejar sus bestias los viajeros lugareños, y aquellos que no disponían de medios para resistir el gasto de una posada más cómoda en el centro de la ciudad.

Las ocho de la noche serían, cuando salió de dicha posada un caballero de airoso porte, que mostraba ser algún viajero, a juzgar por el guarniel o bursaca que llevaba colgante de un hombro, el sombrero de paja y el traje que vestía, salpicado todavía por el barro del camino. Dirigióse a la ciudad, y entró en ella con ese aire de vacilación e incertidumbre que caracteriza al forastero, pues en cada esquina se detenía un poco, temiendo sin duda perder su itinerario.

La luz no muy intensa del farol de una de las esquinas, en que se ha detenido por mayor tiempo, nos va a permitir observar con más atención su fisonomía.

Es trigueño, de ojos grandes y expresivos, y frisaré apenas en los veinte años, como lo dice la frescura de sus facciones y el espeso bozo que viriliza su simpático rostro, precursor de unos negros y elegantes bigotes. Manifiesta en su semblante una ansiedad particular: lo ha detenido la voz de

una mujer que canta al piano la conocida canción “Sobre las Olas”. Es una voz débil, pero en extremo dulce, que conmueve hasta lo más recóndito del alma.

El canto cesa: una inquietud nerviosa domina al joven viajero. Parece vivamente contrariado con la suspensión del canto, y clava sus ojos, llenos de curiosa sorpresa, en la casa inmediata, por cuyas ventanas, abiertas de par en par, salía a torrentes la luz vivísima de una lámpara colgante en la sala.

¿Será nuestro viajero algún apasionado músico? ¿Por qué, entonces, se ha detenido allí, y ahora espera, convulso y anhelante, oír de nuevo aquella voz tierna y conmovedora, que ha paralizado sus sentidos?

El piano preludia otra vez, y en seguida se oye la misma voz: ahora canta un bambuco, uno de esos cantares apasionados y melancólicos, compuestos por algún amante bajo las frondas de la exuberante vegetación tropical, cuyas notas remueven en el fondo del alma el mundo de los recuerdos, y sacan a los ojos alguna lágrima indiscreta, reveladora de algo íntimo e inefable, que es amor, sentimiento, desventura o esperanza.

Aquella voz y aquel bambuco debían de ser harto conocidos del joven viajero, porque sus ojos brillaron con un fulgor extraño y se inundaron de lágrimas. Llevóse las manos a la cabeza, como si quisiera cerciorarse de que estaba despierto, y no era aquello un sueño, ni una vana ilusión.

Con paso firme abandonó la esquina, donde hacía rato estaba clavado como un poste, y se dirigió resueltamente a la casa de donde partía el canto.

Al pasar por las ventanas, se detuvo un instante a mirar hacia adentro: apenas pudo ver por entre las cortinas el perfil de una joven, elegantemente sentada al piano, en uno de los ángulos de la sala, que era un recinto decorado con gran lujo.

Una viva exclamación y un nombre salieron casi simultáneamente de sus labios, pero la música del piano no permitió oír nada. Siguió por la misma acera hasta llegar a la puerta de la casa, donde inesperadamente se tropezó con un muchacho, que estaba sentado en el umbral, el cual se había puesto en pie con ligereza, y miraba al viajero cara a cara.

—¡Como que es el niño Santiago! —exclamó sorprendido el muchacho.

—¡Chucho! ¡Chucho! —exclamó a su vez el joven, estrechándolo en sus brazos— ¿Conque vive aquí D. Manuel?... ¡Ah, no me había equivocado!

Chucho era el indiecito del servicio de la casa de D. Manuel, que estaba ya zagaletón, el mismo a quien Santiago confió la mula del Vicario el último e inolvidable día de su permanencia en Mapiche.

Lo que Santiago había creído una ilusión, era una realidad palmaria: la mujer que cantaba era Lola. Tanta fue su turbación, que no atinaba en contestar al muchacho, quien lo excitaba a entrar con gran cariño e interés. Estaba ofuscado e irresoluto.

Aquel estrado brillante que acababa de entrever por las ventanas, lo mantenía en suspenso: su traje de camino no se avenía con tanto lujo. ¿Pero cómo dejar de ver a Lola? ¿Cómo retirarse, dando tregua a las ansias de su corazón, allí mismo, a los pocos pasos de ella, después de tan larga y triste ausencia? ¿Sería Lola la misma tierna y afectuosa niña que trató en Mapiche y el Granadillo?

Todos estos pensamientos angustiaban su corazón, pero al cabo, tomó la resolución de entrar, y entró, guiado por Chucho, que lo hizo atravesar el zaguán y detenerse en la primera pieza que se hallaba en el corredor, cuya puerta abrió, diciéndole:

—Este es el escritorio de D. Manuel. Si no quiere pasar a la sala, espéreme aquí un instante, mientras aviso a la familia y traigo luz.

Como el cuarto estaba oscuro, Santiago esperó a Chucho, parado en la puerta, y desde allí dirigía sus ávidas miradas a la sala de recibo, cuya puerta daba libre paso a los resplandores de la lámpara, que iban a iluminar el suelo del patio, cubierto de plantas de jardín y dividido en cuarteles, por medio de callejuelas pavimentadas con ladrillo.

A la entrada de Chucho, cesó repentinamente el piano, y se oyeron voces y ruido de pasos precipitados hacia el interior, por lo que entendió Santiago que ya estaban advertidas doña Ángela y Lola de su inesperada visita.

Le palpitaba el corazón con suma violencia: ya creía tener delante la bella figura de Lola, oír su voz dulcísima, estrechar su delicada mano, y bañarse en la luz hermosa de sus negros ojos. Estaba trémulo, pálido, domi-

nado por esa angustia indefinible de quien espera recibir una gran felicidad o un amargo desengaño.

Sólo una lámpara de reflector alumbraba los corredores del claustro, pero la puerta del cuarto donde estaba Santiago, se hallaba en la sombra. Así es que, metido en el hueco oscuro de la puerta, atento al menor ruido, y mirando a todos lados con inquietud y azoramiento, cualquiera lo habría tomado por un ratero, clandestinamente introducido en la casa, que estaba en acecho, esperando el momento oportuno para ejercitar su oficio.

En estos críticos momentos se oyeron pasos en el zaguán: un caballero entraba con paso seguro. Santiago creyó al punto que fuese D. Manuel, que volvía de la calle, pero salió de su engaño al ver cruzar, con dirección a la sala de recibo, la figura de un joven elegante, que colgó su gabán y su sombrero en la percha de gala colocada fuera de la puerta, sacudió su calzado, y entró en la sala, con la naturalidad y desembarazo de una persona de confianza.

En este momento, Chucho, que se había tardado más de la cuenta, apareció en un ángulo del claustro, trayendo en alto una luz, colocada en una palmatoria de plata.

—Perdóneme la tardanza, niño Santiago —le dijo con cierto cortamiento— Doña Ángela ya viene para acá.

Al derramarse la luz de la bujía en el interior del cuarto. Santiago observó que había también allí un lujo que no recordaba haber visto nunca en la casa de D. Manuel. Este era rico ciertamente, pero en Mapiche y el Granadillo, sus casas estaban, poco más o menos, a nivel de las demás. Entre sus muebles y los del padre Juan no había mayor diferencia: las mismas cómodas y mesas de obra sencilla, las mismas sillas de suela, la misma clase de loza y demás enseres; en fin, por primera vez sorprendía a Santiago la desigualdad de fortuna que existía entre él y Lola. El cuarto de D. Manuel tenía muebles muy finos, hermosa biblioteca, en estantes de madera tallada, con dorados y cristales, y un escritorio de banquero, que valía centenares de pesos.

Chucho era el primer paisano a quien veía, muchacho inteligente y de buena índole, que le manifestaba su afición de mil maneras. Santiago lo acosó a preguntas, empezando por lo que se refería a su casa, a sus queridos viejos el Vicario y Romualda, a María y demás familia. Embargado en

este rápido e interesante interrogatorio se hallaba, cuando casi sin ruido, apareció en la puerta la grave figura de doña Ángela.

Chucho se alejó al instante, y Santiago se adelantó a saludar a la señora, con el respeto y cariño que siempre le había profesado.

—Celebro que haya regresado usted sin novedad —le contestó ella con cumplimiento.

—Mil gracias, mi señora. Debo a la casualidad haberme impuesto de que vivían ustedes en esta casa y naturalmente, no he podido prescindir de entrar a saludarlos. Sírvase, pues, perdonarme que lo haga en este traje y a hora quizá incompetente.

—No tenga usted cuidado por eso.

—Ya he sabido que D. Manuel se halla fuera de la casa. ¿Y la niña Lola, se conserva bien? —se atrevió a preguntar Santiago con la voz trémula.

—Sí, señor, está buena: ella me ha encargado que la disculpe con usted, porque en estos momentos le ha llegado visita.

La sorpresa y cortamiento de Santiago eran completos, ante un recibimiento tan ceremonioso y culto, pero extremadamente frío, e inconsecuente con las relaciones que había tenido con aquella familia, hasta el día de su ausencia, empezando por el tratamiento de *usted* en labios de doña Ángela, que siempre lo había tuteado con la mayor confianza.

Santiago era de carácter humilde, pero de extrema delicadeza, fácil de resistirse y muy celoso de la fidelidad en sus relaciones amistosas. La idea del papel ridículo que allí estaría haciendo, por el amargo desengaño que acababa de sufrir, y la cruelísima sospecha que se había apoderado de su alma al saber que Lola excusaba recibirlo por atender a la visita de aquel joven caballero, que él no conocía, todo se unió instantáneamente para inflamar su sangre, ponerse en pie y dar otra vez la mano a la señora, en señal de despedida.

—Suplico a usted, doña Ángela, me perdone haberle causado esta molestia.

—¡Oh, no ha habido ninguna molestia! ¿Deseaba usted tratar algún asunto con mi hermano?

—No, señora: mi objeto era saludarlos, como la primera familia paisana y amiga a quien encuentro después de cuatro años de ausencia. Sírvase,

pues, presentar mi atento saludo a D. Manuel y la señorita Lola, manifestándoles que como antes estaré a sus órdenes en la villa de Mapiche.

Diciendo esto, hizo una profunda reverencia, tomó su sombrero y se salió con arrogante despejo, dejando a doña Ángela sorprendida y preocupada: sorprendida, porque ella creyó encontrar en Santiago un pobre lugareño, desprovisto de toda cultura social, y se había hallado con un cumplido caballero; y preocupada, porque su propia conciencia la acusaba de no haber sido más cariñosa e insinuante con este joven, que casi se había criado en su casa, cuyas buenas prendas eran de todos conocidas, que regresaba de remotas tierras, acaso en desgracia, por las circunstancias que lo rodeaban, y al cual debían servicios y atenciones de alguna importancia.

Pero ya no había remedio: comprendió al punto que el joven había salido contrariado en vista de aquel recibimiento, en que no faltó de su parte la cortesía, pero sí la cordialidad y confianza a que él tenía derecho.

Santiago salió a la calle con el corazón oprimido, pero con la frente alta: aquella mudanza era para él inexplicable: su conciencia no lo culpaba de haber faltado en lo más mínimo al cariño, respeto y consideraciones que desde niño tenía por aquella familia. A pesar de su altivez, el sentimiento le formó un nudo en la garganta, ese nudo que no se desata, sino que revienta en lágrimas y sollozos.

Caminaba sin rumbo fijo: había dejado atrás el último farol, y entrado en la completa oscuridad de una calle desconocida. Volvióse repentinamente con sobresalto: una persona lo seguía, tan de cerca, que ya oía su respiración fatigosa, como si hubiera corrido largo trecho.

—¿Quién es? —le preguntó, dándole el frente, con voz imperiosa y ademán resuelto.

—Soy yo, Chucho, que vengo a despedirme de usted, niño Santiago.

—¡Ah, Chucho, tú eres siempre el mismo, tú si me quieres!... le dijo Santiago, estrechándolo en sus brazos y dando rienda suelta al raudal de lágrimas reprimidas hasta allí por el despecho y la excitación nerviosa que lo dominaba.

El indiecito suspicaz y malicioso, pero fiel amigo de Santiago, lo había comprendido todo. Se echó a llorar también, y en la necesidad de decir algo, exclamó con sinceridad:

—¡Mucho han cambiado los amos! ¿No es verdad? Toda la gente se queja de ellos, porque desde que vinieron del extranjero, se dan mucho tono, y tratan a los del lugar como poco más o menos.

Santiago ardía en deseos de conocer cuanto hubiese pasado en su ausencia, tocante a la familia de D. Manuel, pero guardó silencio y contuvo heroicamente la curiosidad. Su desengaño y su disgusto no eran causa bastante para hacerle olvidar los deberes del caballero, allanándose a entrar en aquellas delicadas apreciaciones con un sirviente de la casa.

—Olvidemos esto, Chucho, y hazme ahora un servicio.

—Estoy a sus órdenes.

—Mira, yo creo que me he extraviado: indícame la casa de D. Gaspar Umpierres, porque no la recuerdo.

—D. Gaspar ya no vive en Sanisidro.

—¿Y para dónde se ha ido?

—Vive ahora en Mapiche, encargado de la hacienda de D. Manuel.

—¡Ah! pues allá lo veré: entonces ya nada tengo que hacer aquí. ¡Adiós, Chucho!...

Separóse Santiago de su antiguo amiguito, prometiéndole que volverían a verse con más calma, volvióse a la posada, y al día siguiente, muy temprano, continuó su camino para Mapiche; y en viaje lo dejaremos por ahora, para volver atrás, y decir lo que había pasado en la casa de D. Manuel, y la causa del cambio notado por Santiago, lo cual exige capítulo aparte.